

Crónica de acá

Jesús Collado Andino

PRIMERA EDICIÓN: diciembre de 2019

© Jesús Collado Andino, 2019

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-09-17302-0

DEPÓSITO LEGAL: M-008535/2019

CÓDIGO IBIC: WTL, 1KLS

DISEÑO DE PORTADA: Eva Collado Andino y Jesús Collado Andino

MAQUETACIÓN Y ARTES FINALES: Jesús Collado Andino

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A mis padres,
María Eva y Jesús Antonio.

Por haberme dado las alas
y un lugar donde poder volver siempre.

ÍNDICE

Parte uno: Argentina	1
<i>Aterrizaje abrupto</i>	2
<i>Mi mariposa fue el corralito</i>	8
<i>Nuevos ricos en La Recoleta</i>	14
<i>Política a golpes</i>	19
<i>Básicamente, exagerados</i>	24
<i>Libertad 420</i>	29
<i>San Telmo</i>	32
<i>El lado salvaje</i>	36
<i>En mi barrio, Palermo</i>	42
<i>Un lugar mágico</i>	51
<i>El corazón de las pampas</i>	58
<i>Taxistas, expatriados y otra fauna</i>	74
<i>Sobre las costumbres alimenticias del puma</i>	79
<i>Ushuaia</i>	82
<i>Traigo las botas manchadas</i>	84
Parte dos: Interregno	87
<i>Escribe, aunque te duela</i>	88
<i>Cuatro bodas y un funeral</i>	91
<i>Ibant obscuri</i>	95
Parte tres: El camino real	101
<i>Segunda llegada. Suerte</i>	102
<i>El remate</i>	107
<i>Asado bajo la Cruz del Sur</i>	112
<i>Aleteos en el agua</i>	116
<i>A verdade nao está num sò, mas en muitos sonhos</i>	120

<i>Río, placer y dolor</i>	127
<i>¿Por qué te vas?</i>	134
<i>El camino real</i>	136
<i>De todo eso van treinta</i>	144
<i>Blues de la Quebrada de Humahuaca</i>	150
<i>Bienvenido a Bolivia</i>	158
<i>Sundance Kid</i>	161
<i>La guerra del gas</i>	168
<i>Zumo de naranja y zanahoria</i>	177
<i>A bordo del Mamoré</i>	186
<i>La Paz en guerra</i>	198
<i>Al raso en la Isla del Sol</i>	204
<i>Penitencia en Cuzco</i>	213
<i>Una foto de Machu Pichu</i>	217
Epílogo, agradecimientos y descargo	221

Parte uno: Argentina

Aterrizaje abrupto

He debido de quedarme dormido. Miro la pantalla de información del vuelo: Brasil y Uruguay han quedado atrás, estamos en cielo argentino. Es grande Argentina: cinco veces España, 5.000 Km de norte a sur, recuerdo haber leído en alguna parte. Cuando el avioncito avanza un pixel, el mapa hace zoom automáticamente sobre la provincia de Buenos Aires, la joya de la corona, la llanura inmensa de campos fértiles y lluviosos, marco de la estampa arquetípica del gaucho a caballo rodeado de vacas. La provincia es casi tan grande como toda Italia, pero es en su núcleo, en lo que se conoce como el Gran Buenos Aires - apenas 60 Km de norte a sur y 30 Km de este a oeste, junto al Rio de la Plata -, donde viven un tercio de los 45 millones de habitantes de todo el país. Y en el centro de esa aglomeración urbana, de ese espacio continuo de casas, calles y municipios, está la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: un cogollo de 15Km por 15Km, el puerto original, la Capital Federal. Ahí están los barrios de Palermo y la Boca, ahí el cementerio de La Recoleta con sus flores a Evita, ahí la plaza de Mayo y los orígenes del tango. Cierro los ojos e intento dormir.

— Sí, claro que quiero ir al proyecto en Argentina - le dije a mi jefe.

Recuerdo su llamada telefónica. Nunca he estado en Argentina. ¿Cómo no ir?, pensaba. Mi abuela Dionisia nació allí. Tenía los ojos azules y la sonrisa blanca, los colores de la bandera. Demasiados años de alzheimer le robaron muchos recuerdos que se perdieron para siempre. Claro que quiero ir. No solo por lo interesante del proyecto, o por la aventura de trabajar

en el extranjero. De alguna manera, extraña y poco consciente, me atrae la idea de pisar ese país lejano, casi mitológico en mi recuerdo de niño, hecho de vagos retazos de conversaciones familiares, de palabras sueltas. Buenos Aires, el mate, la Pampa.

Tomamos tierra. Amanece una mañana de septiembre de 2003. Ha transcurrido menos de un año desde que se levantara el corralito.

Estamos avisados por nuestros colegas argentinos de los peligros de coger un taxi. Es por seguridad. Aún son frecuentes las noticias de robos y secuestros. La primera imagen que tengo de Argentina, al salir por fin de la zona de viajeros, es una maraña de taxistas que viene a la caza de los recién llegados. Nos están esperando. Me siento uno más en esa manada de bisontes de la sabana que cruza el río y espera no ser él quien sacie a los cocodrilos, sacrificado por el bien del grupo. Nos abrimos paso entre la multitud y recurrimos a una de las agencias de *remises*¹ que nos han recomendado. Un amable chófer nos ayuda con los equipajes y nos conduce hasta el vehículo.

Aún no ha terminado de amanecer, pero la claridad empieza a insinuarse por encima de los restos de la noche, en blandos jirones de niebla que flotan sobre los campos verdes a ambos lados de la ruta. El suave rumor de los neumáticos sobre el asfalto forma un largo prelude sostenido que, poco a poco, va quedando atrás cuando la autopista nos adentra en la ciudad que despierta.

¹ Remís: vehículo de servicio público con conductor.

Llegamos al hotel. Hicimos la reserva por internet. Las fotos tenían buena pinta, buena zona, cinco estrellas, habitaciones en oferta por 70 U\$S², cama *king size*, desayuno incluido...

— Tres habitaciones con cama grande – anuncio en recepción, identificando la reserva para mis dos colegas de trabajo y para mí.

— No podrá ser, señor. Ahora mismo sólo me quedan dos habitaciones con cama grande y una con dos camas pequeñas.

— Está bien, no importa, nos quedaremos con eso y cuando se libere otra con cama grande cambiamos al tercero.

Al juntarnos más tarde para ir a comer, nos damos cuenta de que los tres somos el tercero. A los tres nos han dado habitación con cama pequeña. Habrá que andarse con los ojos bien abiertos.

El hotel está en La Recoleta, uno de los barrios más tradicionales y acomodados. Nos han dicho que es lo más conveniente, por seguridad. He oído decir que paseando por sus calles uno se encuentra como en el barrio de Salamanca de Madrid, calles tranquilas y arboladas, edificios de calidad con mucho comercio, vecinos de clase media alta. Hoy en día, además, pueden verse decenas de personas en las aceras rebuscando en las bolsas de basura.

Nuestro lugar de trabajo está en el *microcentro*, una zona que comprende escasamente 60 manzanas y donde se ubica el corazón financiero y empresarial, político y administrativo del país. Debemos ir vestidos con ropa de sport. Estamos avisados por nuestros colegas argentinos: prohibido ir a trabajar con traje,

² Notación usual en Argentina: se reserva el símbolo \$ para Pesos argentinos, y el símbolo U\$S para Dólares USA.

chaqueta o corbata, como es costumbre en nuestro entorno corporativo. Es para no llamar la atención, por seguridad.

Para ir hasta allí tomamos un taxi que debe atravesar casi de punta a punta el caos de la 9 de Julio. La avenida 9 de Julio es anchísima, 24 carriles de tráfico desparramado. Oigo decir a un humorista que los argentinos inventaron la categoría de *más ancho* para vencer claramente en algo: con su Río de la Plata y con su avenida.

Es hora punta por la mañana. Montones de clientes entran y salen mientras estoy haciendo cola para la ventanilla de caja en una oficina bancaria. De pronto avisan por megafonía: hay que desalojar inmediatamente. Todo el mundo huye, el personal de seguridad nos acompaña hasta la calle, bajan las persianas exteriores. Y entonces llegan las cacerolas y los gritos, las pancartas, la rabia y los golpes en las persianas.

Se hace habitual, al pasear por el microcentro, ser espectador de estas esporádicas manifestaciones; escaramuzas en las que personas con aspecto de ciudadano medio, de los que en su vida habrían hecho algo así, vuelcan su desesperación; demostraciones de fuerza improvisadas, con gritos y percusión de cacerolas. Vemos aporrear comercios y sobre todo locales bancarios. La mayor parte de los viandantes sigue su paso, ya inmunes tras tanto tumulto, tratando de evadirse al estado de bronca permanente.

En los alrededores de la oficina abundan viviendas marginales y conventillos³ desvencijados, algunas calles no están bien iluminadas, merodean cartoneros y vagabundos. Salir de trabajar muy tarde, cuando la luz escasea, también puede ser peligroso. Me siento observado y camino con cierta tensión. Me voy dando

³ El equivalente argentino al patio de corrala español.

cuenta de que hay muchos Buenos Aires distintos conviviendo en la misma ciudad, diferencias abismales de un barrio a otro, edificios impresionantes de principios del siglo XX, rascacielos estilo Chicago, a unos cientos de metros de una villa miseria⁴.

Se ha hecho tarde y salgo del hotel a dar un paseo. Aunque la primavera está al llegar, por la noche aún refresca y el viento del Río de la Plata obliga a abrigarse. Buscando una cena informal entro en una pizzería. Un pedazo de pizza y una cerveza. Son tres pesos y medio. Por casualidad miro el cambio antes de guardarlo en mi cartera, falta un peso. Se lo digo al camarero. Se produce un extraño y breve silencio, suficiente para que los dos sepamos que no ha sido un despiste. Me da el peso que falta, sin protestar y sin pedir disculpas. Me siento a comer mientras ojeo la carta del establecimiento. Pizzas, pastas, postres. Llego al final de la carta y leo un mensaje al cliente, en letras destacadas, que me deja helado: “Por favor, compruebe su ticket con los precios de esta carta”. ¿Advierten al cliente contra sus propios empleados?

Estoy empezando a pensar que la película *Nueve reinas* no era un divertido vodevil. Nada más lejos. ¡Es un tímido documental sobre lo que puede encontrarse hoy en Buenos Aires! Acabo de llegar y no encuentro cómo describir lo que veo. No alcanzo a ordenar la avalancha de imágenes. El esplendor se confunde con la miseria, los edificios señoriales están sitiados por la decadencia, junto a argentinos amables de acento meloso hay argentinos esperando la ocasión de estafar un peso al extranjero. A veces, cuando algo escapa a nuestro entendimiento, en gran medida es porque no acertamos a bautizarlo, no conseguimos encontrar la palabra que lo defina. Freddie me da la clave. El

⁴ Barrio de chabolas.

problema de la Argentina actual es que en el corazón de la sociedad está instalada la más absoluta amoralidad.